

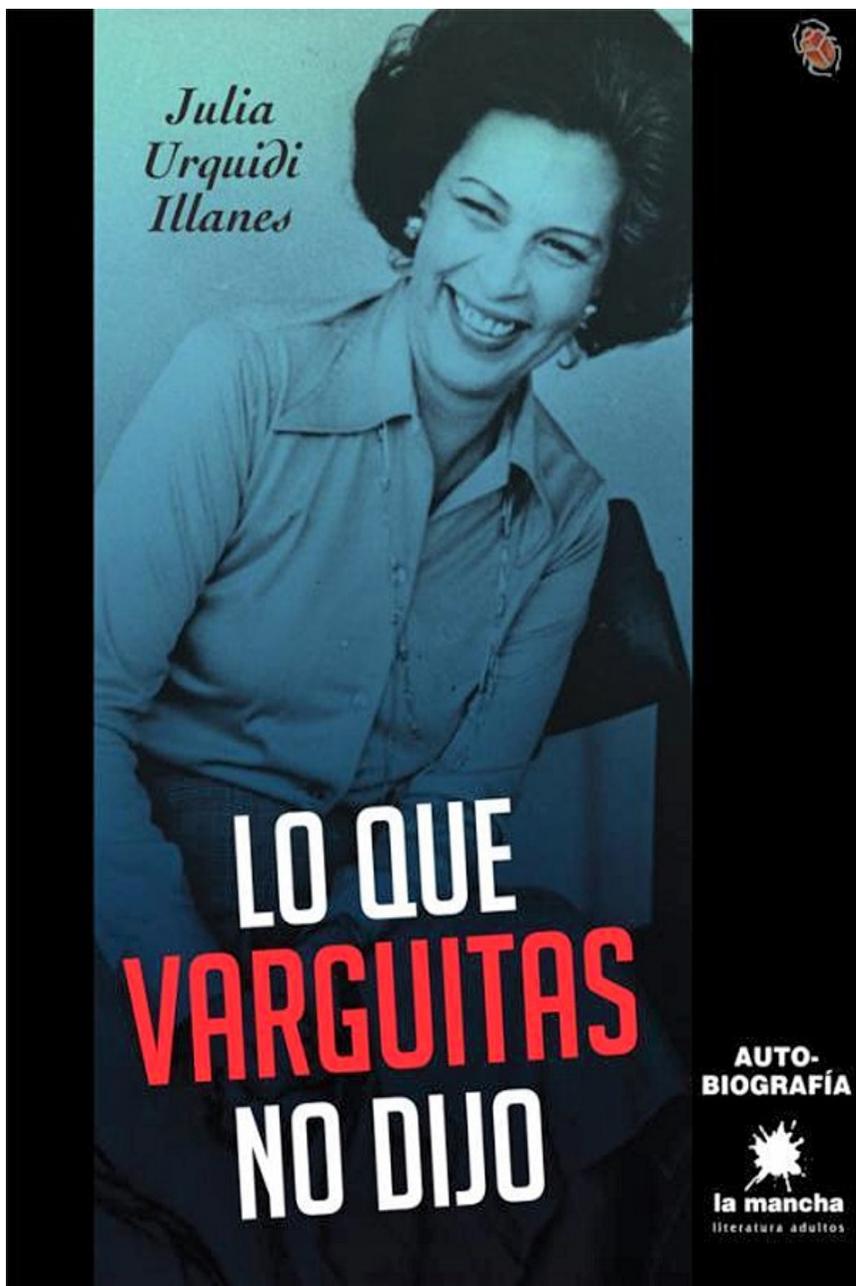
*Julia
Urquidi
Illanes*

**LO QUE
VARGUITAS
NO DIJO**

**AUTO-
BIOGRAFÍA**



la mancha
literatura adulta



CCD: B863

URQUIDI, Julia

Lo que Varguitas no dijo.

Santa Cruz de la Sierra, Bolivia

Grupo Editorial La Hoguera, 2012

2º edición, La Mancha

Depósito Legal: 8-1-793-10

I.S.B.N.: 978-99954-34-75-5

Dirección de Producción Editorial Grupo Editorial La Hoguera

©2010 Sello La Mancha

Derechos reservados

2012 Segunda edición (con La Hoguera)

Impresión: Imprenta Landívar

Depósito Legal: 8-1-793-10

ISBN: 978-99954-34-75-5

*Con todo cariño, para mis hermanos
Irma, Chaly y Ana Marta, mi cuñado Marcelo,
y los sobrinos y amigos que me alentaron a escribir este li-
bro.*

PRÓLOGO

Amigo lector:

Antes de que comiences a leer la primera página de este libro, o de esta historia, quiero conversar un poco contigo, decirte que no he intentado hacer una obra maestra de la literatura contemporánea, sino dramatizar una vida sencilla, con etapas buenas y malas, durante los años que compartí mi vida con Mario, con un hombre al que he amado profundamente. He tratado de ser todo lo sincera que puede ser una mujer que nada tiene que ocultar. No tengo por qué mentir; tal vez algunas escenas de los personajes parezcan un tanto inverosímiles, pero creo que tiene mayor interés lo que ellos digan, lo que en el fondo encierran. Una palabra más, una palabra menos no cambia los hechos que han sido tal como los pongo frente a ustedes.

Estas historias suceden todos los días en todas partes del mundo; no he sido la única, la primera, ni seré la última mujer que ha vivido entre el cielo y el infierno al querer salvar un amor que solo existió en ella, con la ceguera que el mismo amor nos da. Con esa venda que nos pone ante los ojos, no nos damos cuenta que amamos, pero que no nos aman.

Tuvieron que pasar muchos años, 28, para comprender una realidad que estaba frente a mí y no la veía o no quería verla. Quizás.

No sabría explicar qué es lo que nos oculta la verdad: ¿ceguera, orgullo, vanidad o estupidez? Tal vez ese deseo o necesidad imperiosa que toda mujer tiene, no importa la edad: ser amada.

No guardo en mi ser ningún rencor, ningún deseo de venganza. Sentimientos mezquinos que no los conocí cuando podría haberlos sentido, no los voy a sentir ahora; sería absurdo, ridículo. Solo he querido contarles mi historia y decirles que no me arrepiento de nada de los años vividos. A

veces, hasta el sufrimiento vale la pena, enriquece el alma, para saber que uno vive, que palpita, que está en este mundo.

Tampoco deseo levantar un dedo acusador. No soy juez de nadie, soy solamente una mujer, y ustedes me ayudarán a comprender con quién viví: ¿con un marido, un amante, un primo, un sobrino o, posiblemente, un desconocido?

No han sido pocas las dificultades que he tenido que vencer para que este libro salga a la luz, desde la amenaza velada —a través de terceras personas— hasta el querer silenciarme —con malas artes— con la compra de originales por una suma que no era de dejar pasar. Hay algo que olvidaron quienes trataron de hacerlo (además de bloquearme varias editoriales): mi conciencia, mi honestidad, mi reivindicación e integridad de mujer no están a la venta.

La Paz, Bolivia, 1983

Mi amiga Julia y el escritor

Es otra de las heroínas de Cochabamba. Es una heroína del Amor, del amor con mayúscula porque nunca conoció amorcillos y cuando se enamoró se enamoró de verdad, sin cálculos de tiempo ni de otras circunstancias.

Cuando se casó con el escritor Mario Vargas Llosa ella tenía 29 años y él 19. Ella, cochabambina guapa, y él, arequipeño también guapo. Se encontraron entre dos guapos y con ascendencia de valientes pues sobran los héroes en la historia de Cochabamba y Arequipa.

Al saber de los proyectos matrimoniales de la pareja, alguien le dijo a mi amiga Julia: "No cometas el disparate de casarte con Varguitas porque tú eres 10 años mayor que él; tendrás una felicidad que durará dos años y luego él te dejará". La cochabambina repuso sin vacilar: "¿Ser feliz dos años? ¡Qué maravilla, nadie en la vida te asegura que será feliz durante dos años!". Y se casó con el arequipeño joven y guapo y su unión duró 11 años.

Pregunto, sobre todo a mis lectoras: "¿No es seductora la posibilidad de ser felices dos años?". Quien fue feliz con su pareja un par de años o más que dé gracias al cielo. No hay compañía de seguros, ni humana ni divina, que te garantice dos años de felicidad, pero la cochabambina, mi amiga Julia, fue en busca del amor que dura dos años porque no cree mucho en la eternidad de los amores.

De su vida con el gran escritor poco se sabe, salvo que estuvo a su lado hasta que él concluyera sus estudios universitarios y escribiera sus primeros libros en Europa, que ya demostraron al mundo su extraordinario talento literario que lo ha hecho un hombre universal, habiendo nacido en Arequipa, vivido algunos años de su infancia en Cochabamba y no tantos para que centenares de cochabambinos far-santes afirmen haber sido sus compañeros de curso y de

juegos, y que llegan a tal número que Mario Vargas Llosa tendría que ser declarado por la Unesco "Compañero de Curso de la Humanidad y de la Cochabambinidad".

Volvamos a mi amiga Julia que tiene mucho que ver en la formación del famoso escritor peruano, nacionalizado español. Pensemos en el hombre inseguro de los 20 años y algo más recorriendo las calles de París, tomado de la mano de la mujer madura que pasó de los 30. Una mujer de la "edad media" (no medioeval), compañera, esposa y amante de un hombre que recién comenzaba a recorrer los *boulevards* de París.

Valerosa cochabambina mi amiga Julia Urquidi que un día se echó en brazos del cuasi adolescente seguro de ser feliz con mi amiga Julia, y que seguramente ella también lo fue. Ella señorialmente ha dicho que no dirá una sola palabra con motivo de la visita a Bolivia del gran escritor.

Una historia de dos amantes andinos que nada tiene que ver con Romeo y Julieta. Una historia de amor cochabambina y arequipeña con la Julieta que era una mujer hecha y derecha y un Romeo jovencito que vencieron a Montescos y Capuletos y se fueron a dar un beso en París que duró algunos años. Una bella historia de amor. Un amor que terminó como todos los amores eternos.

Alfonso Prudencio (Paulovich), Presencia 1983

"El amor se parece a una cadena de montañas,
a las sierras, a la cordillera: el amor tiene sus
escarpadas pendientes ascendentes, sus peligrosos
declives y aludes, sus oscuras hondonadas, sus valles
profundos y apacibles y sus selvas.
El amor tiene muchas cumbres, altas y
centelleantes entre las nubes, no hechas para
quedarse allí durante más de una hora fugaz.
Y como una cadena de montañas, todo amor tiene
una cumbre cada vez más alta, superior a
cualquier otra. Cuando se alcanzado esa cumbre
casi inalcanzable, solo queda el lento descenso
a las colinas y planicies de la vida común".

Él ángel sin cabeza, de Vicky Baum

I

Cuando conocí a "Varguitas", en modo alguno llegué a sospechar que, a su lado, habrían de transcurrir los años más felices de mi vida y también los momentos de mayor tristeza, desencanto y amargura que cualquier mujer pudiera soportar.

Mario era un niño debilucho, engreído y antipático; toda la familia vivía alrededor de él y él tenía conciencia de su privilegiada situación y sabía cómo aprovecharla. Parece que desde niño supo sacar ventaja de quienes lo querían. Era un niño verdaderamente insoportable. Confieso que, a escondidas de su madre y de sus abuelos, en más de una ocasión le di sus buenos coscorriones y uno que otro jalón de orejas. Reaccionaba mirándome con sus grandes ojos; aunque no decía nada, era como si me tuviera miedo.

Además, Mario desarrollaba una singular e ingenua maldad infantil. Recuerdo que había en la casa un niño, Orlando, a quien la abuelita adoraba; tendría poco menos de un año y

comenzaba a dar sus primeros pasos y cada vez que el "Niño de la casa" pasaba por su lado y lo veía agarradito a la pared y en muy frágil equilibrio, le daba un disimulado empujón y lo tiraba al suelo. La escena se repetía las veces que Orlando trataba de levantarse, y lo hacía con una cara tal de inocencia que nadie hubiera pensado y menos creído que era él quien lo empujaba.

Recuerdo, asimismo, el espectáculo que se organizaba en las tremendas horas de almuerzo de Marito —como se lo llamaba familiarmente—; eran los peores momentos del día; no le gustaba nada, y tanto su mamá, como sus abuelitos y tíos, danzaban en círculos ofreciéndole el mundo entero para que comiera algo; a veces me aburría de toda esta comedia, le daba un tirón de orejas, diciéndole: "Chiquillo malcriado, si quieres comes, si no lo dejas". Felizmente nunca me vieron hacerlo, ya que cuando se caía jugando y pegaba el primer chillido, toda la familia corría despavorida a ver lo que le había pasado al "Tesoro de la casa". En ese entonces, Marito tenía unos 9 años y yo 19.

Por esa misma época nació Patricia, hija de mi hermana Olga, sobrina mía y prima hermana de Marito. Este sintió unos celos exagerados, pues mi hermana vivía en casa de sus suegros y la nueva niña le quitó en algo su lugar de privilegio y el "trono de Rey de los caprichos".

Recuerdo que cuando Olga se preparaba para ir a la clínica, para dar a luz a Patricia, Mario se había trepado a un árbol frente al dormitorio; en uno de esos momentos miré hacia arriba y ahí estaba Marito en lo más alto, mirando todo lo que sucedía en la habitación. De un solo grito lo hice bajar del estupendo mirador que había encontrado.

En un futuro no demasiado lejano, estos dos personajes habrían de incidir en mi vida en forma contundente.

El tiempo siguió su curso, los abuelos de Mario y toda la familia regresaron al Perú. No mucho tiempo después, me casé. Un matrimonio que se frustró seis años más tarde por

diversos motivos. No viene al caso relatar este episodio que nada tiene que ver dentro de esta historia.

Después de mi divorcio, me quedé un tiempo en Bolivia, trabajando en el Ministerio de Minas y Petróleos. Hasta que un buen día decidí ir a pasar vacaciones a Lima, a la casa de mi hermana.

Llegué a mediados de mayo de 1955 —pocos días antes de mi cumpleaños—. Al día siguiente vi a Mario, me acuerdo de que vestía un pantalón gris, camisa blanca sport y una chompa también gris —muy estilo Corín Tellado—; fue una sorpresa el verlo, sorpresa agradable que disipó la imagen que tenía y guardaba del chiquillo malcriado y engraido que conocí casi 10 años atrás.

Se hicieron muchas bromas sobre el tiempo transcurrido y, por supuesto, como ocurre en estas ocasiones, entre conversaciones y risas, rememoramos aquellos momentos. Lucho, mi cuñado y tío de Mario, que siempre le ha tenido gran cariño y admiración, me contó toda su "carrera" universitaria y literaria. Escribía artículos en la prensa limeña y estudiaba Filosofía y Letras. A los diecinueve años, Mario era, en verdad, todo un hombre, de personalidad definida y gran madurez y un gran apasionado por la política de esa época (*Conversación en La Catedral*).

Nuestra relación comenzó discutiendo sobre literatura, punto en el que siempre mantuve mi criterio a salvo de cualquier influencia y nunca me lo pudo cambiar. El primer libro de nuestra discusión fue uno de la vida del pintor francés Toulouse Lautrec. Por otra parte, y contrariamente a lo que afirma Mario, nunca he leído a Delly ni a Corín Tellado; siempre encontré que esas novelitas llamadas "rosas" anquilosan la mente y en la mayoría de ellas hay una pornografía disfrazada. Desde niña me gustó leer a buenos autores, también me apasionaba la poesía. Para mí, el encontrarme con Mario fue maravilloso; al margen de las relaciones sentimentales, siempre teníamos interesantes temas de

conversación y discusión. También aprendí mucho de él, a pesar de su juventud.

Siempre que Mario iba a casa de mi hermana, lo acompañaba el fiel Javier, gran amigo, que llegó a ser uno de los mejores que he tenido y tengo, y que compartió momentos importantes tanto en mi vida como en la de Mario, hasta mucho después de nuestra separación.

Mi hermana y mi cuñado, sobre todo mi hermana, como yo era divorciada, se oponían a que saliera con amigos en Lima, pues tenía bastantes. Mi hermana decía: "No, Julita, no salgas con nadie, aquí la gente es habladora, es mejor que te lleve Mario", y tanto fue el cántaro a la fuente... que acabé enamorándome como una chiquilla quinceañera. Era un gran amor que nunca antes había sentido, o al menos desde que realmente tenía quince años; sinceramente, yo parecía más adolescente que Mario.

Una noche que íbamos al cine en un destartalado taxi, me abrazó y me besó, lo que esperaba desde hacía tiempo, pero no por eso dejó de sorprenderme, pues no me atrevía ni siquiera a insinuarlo. Cuando pudo hablar, me dijo: "Julita, me parece mentira, es algo maravilloso". A partir de ese día vivíamos esperando el momento de volver a vernos. Nadie conocía nuestro romance, salvo Nancy, una prima hermana de él y, lógicamente, Javier. A ellos no pudimos ocultárselo. Con Mario sabíamos que, por mi condición de mujer divorciada y mayor que él, tendríamos a toda la familia en contra, lo que en parte era lógico aunque Mario no lo aceptaba.

Caminábamos mucho, nos gustaba hacerlo sobre todo cuando caía esa llovizna tan típica de los inviernos limeños; ocasionalmente tomábamos un colectivo, ómnibus o taxi: solo cuando íbamos al centro del Lima. Al comienzo de nuestras salidas, Mario, todo galante, me llevaba del brazo; no estábamos callados ni un momento, siempre teníamos de qué hablar o de qué reír. Mario me atrajo desde el primer día que lo vi hecho un hombre, pero me reflexionaba a

mí misma, me decía que no podía ser, que qué sacaría con un muchacho tan joven que todavía no había terminado ni la Universidad; pero los sentimientos no se controlan, sobre todo si uno no quiere hacerlo.

Me acostumbré a salir con Mario, perdí el entusiasmo de aceptar cualquier otra invitación, estaba pendiente de la hora en que llegaría a la casa de mi hermana; las visitas a sus tíos eran cada vez más frecuentes.

Muchas veces me quedé esperándolo; la primera vez que me dejó plantada me envió un lindo ramo de rosas, con una tarjeta que decía: "Mis rendidas excusas". A veces, cuando perdía la esperanza de verlo, me iba al cine con mi cuñado Lucho, que era tanto o más "cinemero" que yo.

Frecuentemente visitaba a la abuelita Carmen, una viejecita encantadora. No había nada que le gustara más que conversar, lo mismo que a la Mamaé; me pasaba horas con ellas y ambas compartían una chochera enorme por Mario. Actuando con mucha discreción, les sonsacaba cuanto quería sobre su "Cholito", como llamaban cariñosamente a Varguitas; de ese modo me iba enterando de toda la vida de Mario, al menos de los últimos diez años que había dejado de verlo. La abuela lloraba al contarme cuando su padre lo puso al Colegio Militar Leoncio Prado, lo que hizo en castigo porque descubrió que su hijo escribía versos y no era precisamente el mejor alumno de su curso en el colegio en que estaba. Prácticamente, Mario vivió toda su infancia y adolescencia con sus abuelos, mi hermana Olga y mi cuñado Lucho, que era como un padre para él, mucho más que el verdadero. Lucho lo llamaba Flaco y, según tengo entendido, hasta hoy usa ese apelativo.

Mario consultaba todo con Lucho, y creo que aún lo sigue haciendo. Claro que en esta época no sospechaba que su tío-cuñado iba a convertirse en su suegro-tío.

En la medida en que se formalizaban nuestras relaciones sentimentales, se acrecentaban las dificultades para mantenerlas en secreto ante la familia; si alguien hacía un comen-

tario acerca de las miradas más o menos significativas que me hacía otro, Mario palidecía o procuraba de inmediato cambiar de tema. Luego me pedía explicaciones, desasosegado e incómodo.

No se me pasaba por la mente la idea de casarme con Mario; sin embargo, tan solo el pensar en mi regreso a Bolivia me producía tristeza. Día a día me sentía más ligada a él y no sabía qué hacer para salir de aquella encrucijada. La más mínima e imprevista ausencia de Mario era más que suficiente para llenarme de angustia; esperaba con verdaderas ansias el momento de verlo, de besarlo, de estar a su lado. Mis propias reacciones me causaban una profunda extrañeza. Bastaba, pues, con que me tomara una mano, para sentirme segura y plenamente feliz. Y eso que nunca hubo entre nosotros ningún tipo de insinuaciones. Ni tampoco nunca intentó siquiera caricia alguna que pudiera ofenderme o, cuando menos, molestarme; sin decirnos nada había entre nosotros un acuerdo mutuo de respeto, de un amor sin nada que ocultar o de qué avergonzarnos. Mario era apasionado y al mismo tiempo tímido. Me trataba con delicadeza y creo que fue eso lo que más me conquistó; en su actitud veía que no buscaba una probable aventura con una mujer divorciada, mayor que él, sino algo mucho más noble, más profundo, desinteresado y sincero; pienso que en ese entonces realmente me quería. De ahí mi desbordada ternura; añoraba su presencia, cerraba los ojos y me parecía sentirlo a mi lado, que tenía sus manos entre las mías con una presión tan dulce, como si quisiera, a través de la piel, sentir su amor por mí. Era, sin duda, un amor diferente.

Continuábamos con nuestras caminatas desde la Av. Armendáriz a Barranco, siempre conversando y riendo; ya la realidad nos acosaba y teníamos que actuar con tacto y prudencia, a veces, hasta con hipocresía, para disipar cualquier duda acerca de la naturaleza de nuestras relaciones. De manera que si mi cuñado comentaba, por ejemplo,

cuando ya me encontraba arreglada y dispuesta para salir con Mario: "Qué guapa estás, Negra. ¿Vas al cine con el Flaco?". Yo, con una fingida indiferencia, respondía: "¿Acaso va a venir? ¿Por qué no vamos todos?". Y efectivamente, en ocasiones así sucedía: nos acompañaban Lucho, mi hermana, o su tía Laura o casi todos ellos. Entonces, nos tomábamos las manos en la oscuridad del cine y debajo del asiento, saboreando el agradable peligro, la pequeña y deliciosa aventura que engrandece las cosas y las magnifica. Por otra parte, en estas ocasiones, gracias a la complicidad de Nancy y a su hábil intervención (no sé cómo lo haría), siempre Mario resultaba sentado a mi lado.

Cuando nuestro presupuesto lo permitía —lo que no era muy seguido—, íbamos al Negro-Negro, una *boite* pequeña y oscura que era nuestro lugar secreto y donde nos sentíamos protegidos de las miradas de la familia, (generalmente, íbamos con Nancy y Javier.

En el Negro-Negro había una orquesta de mujeres. En un principio les pedía que tocaran el vals "Engañada". Desde ese entonces y siempre que nos veían entrar, lo interpretaban sin necesidad de pedirlo. Ahora me pregunto si no sería una gran premonición. La letra dice:

*No creas que si tú te alejas te voy a llorar.
Tendré que buscar otro amor, pero que sepa amar...
Y aunque sé que sufriré por mucho tiempo,
mas luego tú verás...te lograré olvidar.*

Las sospechas comenzaron después de un viaje a Paramonga con algunos miembros de la familia, para visitar a un tío de Mario, que ejercía allí su profesión de médico.

Pasamos dos largos y estupendos días; hasta ahí todo iba muy bien. Incluso nadie sospechó nada en la fiesta que tuvimos con varios amigos del tío, hasta la madrugada. Ya de regreso y en el trayecto a Lima, quizás vencida por el cans-